

V

VESTIDO DE NOVIA

La sociedad cubana de nuestros días, que ha multiplicado en una pesadilla de espejos las máscaras políticas y sociales, y ha convertido la vida cotidiana en travestismo social, no habría concedido jamás espacio alguno a la expresión de la cultura gay, de no haberse deteriorado el discurso político y –con él– el poder mismo del estado. Nadie debe llamarse a engaño. No ha habido apertura, sino rajadura. Esto explica por qué justamente ahora se puede hablar de una auténtica poesía gay cubana. Si tenemos en cuenta que es la nuestra una cultura homofóbica y machista comprenderemos mejor por qué la poesía gay es un desafío, y por qué algunos no pueden acercarse a su fuego todavía sin la protección de la máscara, quiero decir sin llamar a las cosas por su nombre. En una nación gobernada por un voluntarismo que no admite la diferencia (dice una conocida y ampliamente divulgada canción popular: «Soy cubano, no puedo ser diferente») el discurso gay tiene que ser contestatario. Y lo es, justamente porque marca la diferencia, disiente del patrón machista de la política nacional.

Entre los poetas que han escrito desde la perspectiva gay podemos citar a: Juan Carlos Valls (1965), Alberto Acosta (1960), Damaris Calderón, Abilio Estévez, Norge Espinosa y Francisco Morán. El tema ha interesado igualmente a escritores no gays como es el caso de Víctor Fowler. En lo que respecta a Rogelio Saunders debo decir que ha escrito un bello texto, incluido en su libro *Polyhimnia*, y es ésta la razón por la que aquí lo consideramos.

Se advierte una diferencia sustancial entre los narradores que como Senel Paz (1950) y Leonardo Padura (1955) han abordado el conflicto gay (casi siempre signado por la frustración y la caída) y los poetas que a menudo celebran la belleza en textos plenos de sensualidad. Algunos –en indudable desafío– asumen agresivamente la persona propia:

Y olvido la burla y el rencor de los que no me
consideran digno de tener una casa con puertas y cristales.

(Abilio Estévez)

Sí. Me prohibieron bailar con los lobos,
mencionarlos

durante las reuniones de familia.
 Pero todo fue inútil.
 Ahora soy uno más en la manada,
 aullando a la luna,
 a mi muchacho.

(Francisco Morán)

Pero otros poetas no han ido más allá del sentimiento conmisericordioso y/o justificativo. En tales textos la imagen del gay sigue asociada al fracaso y a la frustración. Tal es el caso de uno de los poemas que más se conocen entre nosotros —«Vestido de novia»— de Norge Espinosa:

adónde podrá ir así tan rubio y azul tan pálido
 a contar los pájaros a pedir citas en teléfonos
 descompuestos
 si tiene sólo una mitad de sí la otra mitad
 pertenece a la madre

Lo mismo vemos en Juan Carlos Valls cuyo discurso termina confinado a una vitrina de provincia:

yo también fui la furia
 sólo que ahora duermo tras la reja
 inmóvil como en una vitrina
 especie rara que se empolva y se empolva en un museo
 de pueblo.

Una sutil, pero significativa diferencia va de los textos mencionados a la simple declaración de Rogelio Saunders en «La muerte de Virgilio»: «*Amé al adolescente*»; o cuando hace decir a «Safo (a una alumna, a la salida de la escuela)»:

Sólo el fuego es eterno, este fuego
 de tus ojos, llama en que quiero arder,
 cruz en que quiero crucificarme.
 Qué me importan los eruditos y los premios.
 He dado ya lo que tengo, y estoy sola.
 Quédate conmigo hoy, Citere.
 No vayas a esperar al joven deportista
 bajo el manzano.

VI

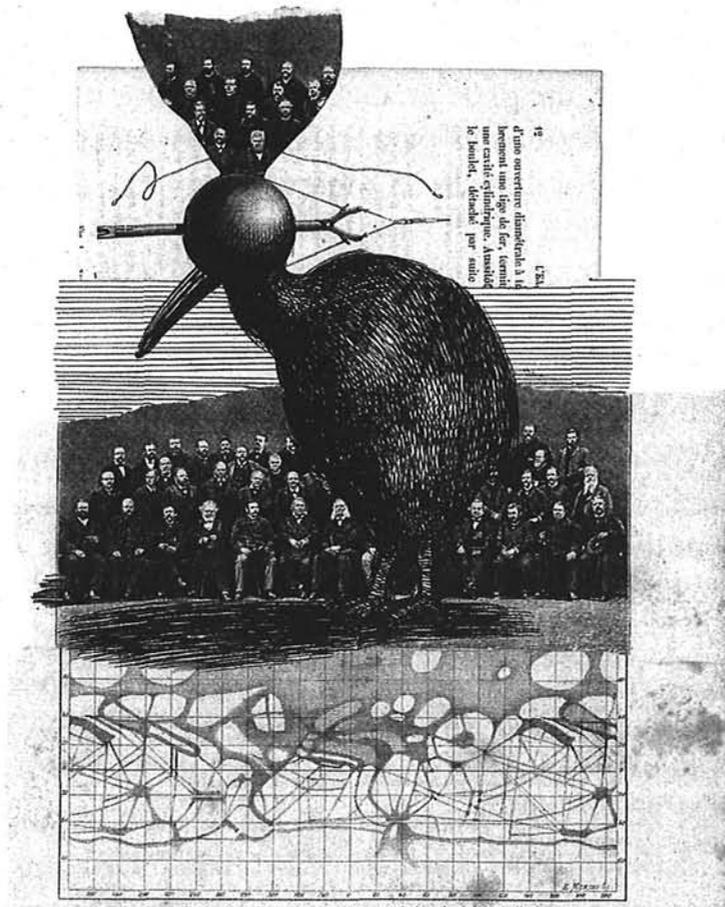
UN DESTINO ENTRE LAS RUINAS

Ante el hecho (imagino cuán poco comprensible fuera de nuestro contexto) de jóvenes poetas que, luego de graduarse en estudios universitarios, abandonan sus empleos profesionales para trabajar como custodios por un salario mínimo con el que difícilmente se sobrevive hoy día; ante el hecho cierto de que sobreponiéndose a las frustraciones de proyectos y sueños, no cejan en el empeño de imaginar revistas, casas de poesía y libros, no queda sino comprender que un nuevo modo de asumir la literatura ha encarnado en ellos. Han redescubierto la escritura como aventura sigilosa y como destino. De ahí que «la biblioteca como dragón» se mueva de la literatura norteamericana a la francesa; de la inglesa a la alemana. Nos dejamos tentar por y gustamos la fruta prohibida del exilio, toda vez que hemos comprendido nuestro propio exilio y nuestro destierro. Son degustados Reinaldo Arenas, Severo Sarduy, Heberto Padilla, Lorenzo García Vega, Guillermo Cabrera Infante, José Triana y Calvert Casey. En un mismo espacio confluyen, *La cantidad hechizada*, *Memorias de una isla*, *Lo cubano en la poesía*, *La Habana para un infante difunto*, *Los años de Orígenes* y *Celestino antes del alba*. Leemos con devoción y con rencor.

La generación de los 80 se sabe poseedora de un destino, de un destino entre las ruinas de la ideología y las murallas de la ciudad. De entre los portones, rejas y balcones que se pierden habrá que desenterrar lo que fuimos y el árbol imaginario de La Habana. Y todo ello, a no dudarlo, estará cálidamente resguardado hasta entonces en las provincias del alma, de Almelio Calderón, en los alucinados manicomios de Pedro Marqués, en las cartas que Antonio José Ponte perdió en la corriente, en los pájaros escritos, cloqueantes de naufragios de Juan Carlos Flores. Y el tiempo escribirá el epitafio superador de rencores y distancias:

Fueron arrastrados por el agua.
Se hundieron en el sueño de la Isla
y las palabras.

(Francisco Morán)



*quien le habrá metido ideas
tan locas en su cabeza*

*Roux
3 enero 69*

Guillermo Roux: *¿Quién le habrá metido ideas tan locas en su cabeza?*, 1969
Tinta y collage, 23,5 x 18,5 cm.
Colección particular